



Capítulo 536: Veremos quién vive para contar la historia.

El protector la miró fijamente por un momento, con un fuerte brillo en sus ojos. "Si se calcula cada paso, nadie necesita morir. Pero si entras con la cabeza furiosa... entonces el Árbol te reconocerá como depredador, y el bosque responderá con lo que ha aprendido a devorar."

Vany silbó, ya impaciente con las reglas. "Dilo ahora, después de que casi hayamos frito lo suficiente. ¿Quién puede decir esto 'guardián' aquí no lo dice sólo para ahorrarte recuerdos?"

Rafaeline, que caminaba con su guadaña apoyada en su hombro, soltó una breve risa. "Aquí nadie perderá el tiempo dudando. O confiamos en el instrumento que sabe sostener puertas, o confiamos sólo en nuestras propias garras. Yo por ejemplo prefiero mi guadaña."



El protector le dio a Rafaeline una mirada que contenía tanto reconocimiento como advertencia. "Eres un guerrero. No tengo nada que enseñarte sobre las huelgas. Pero aprende a escuchar el lugar. Tiene lengua. Habla de presión y subidas." Y lo recuerda con resentimiento.

Descendieron una pendiente pronunciada donde las raíces formaron escalones ennegrecidos. A medida que avanzaban, la luz cambiaba: primero una sombra azulada, luego venas de brillo plateado que pulsaban como las venas de un organismo gigantesco. Pronto vieron el tronco—una cicatriz colosal y viva en el centro del mundo. El Árbol del Mundo se elevaba como una torre retorcida, su corteza negra entrelazada con raíces como metal retorcido; entre las ramas inferiores circulaban vetas de luz, montículos de sapropel mágico y caparazones de criaturas petrificadas.



Prevaleció un aroma antiguo: no sólo resina, sino recuerdos abrasadores. El Árbol emitía un sonido, no un rugido, sino una secuencia de pulsaciones, armonías tan antiguas que resonaban en los acordes internos de los pechos de quienes escuchaban.

"Ella... se está despertando lentamente," murmuró el protector. Sus dedos golpearon su pecho en un gesto antiguo. "Sentirá tu llegada. No seas codicioso. Toca sólo lo que sea necesario. Una raíz, un nodo, un secreto que le permite escapar. Nada más."

Katharina logró echar un vistazo, con los ojos brillando como brasas, y le susurró a Roxanne: "Es... hermoso, de una manera enfermiza"

Zafiro flexionó los puños y el calor parpadeó en sus dedos. "No jugaré con la belleza. Quiero la fruta. Quiero el núcleo." Ella habló sin rodeos y la palabra "querer" sonó como una frase.

Naberius sonrió y se acercó al baúl con la reverencia de alguien que redescubría a un amante. "La esencia está aquí," murmuró, "y puedo sentir los nombres enterrados. Pero también siento trampas. El Árbol protege las heridas. Y las heridas muerden."

Sephirothy se acercó a la primera raíz expuesta y la tocó; su piel se oscureció como hielo debajo del contacto. "Conéctate," ella ordenó a los demás. "Siente dónde el Árbol está más vivo. Háblale a través del tacto. No con palabras. Con dolor y equilibrio."

Los demás obedecieron, con distintos grados de renuencia. Virgilio colocó la punta de la katana contra la corteza y dejó que la hoja vibrara; fue un duro diálogo de acero y madera. Roxanne colocó sus palmas sobre las runas brillantes y cerró los ojos, tratando de comprender el lenguaje que el protector llamó el "lenguaje de las raíces"





El tiempo parecía extenderse. Cada respiración era un latido. Todo el claro se agudizó, esperando el resultado. Y mientras se tocaban, cada uno sentía algo: un susurro de recuerdos, un recuerdo experimentado de guerras antiguas, fragmentos de pactos hechos y traicionados. Hubo imágenes dolorosas que arrojaron a Vanny a un interior más pequeño y visiones que hicieron temblar a Ada con sus botas.

La protectora observaba con expresión dura, pero había alivio en la forma en que sus dedos se entrelazaban detrás de ella —una vigilancia tensa. Rafaelina presionó su guadaña contra la tierra, con los ojos alerta. Virgilio sonrió con un deseo prohibido; no sólo de destrucción, sino de descubrimiento. Naberio murmuró nombres que parecían ecos de dioses caídos.

"Recuerda," el protector habló en voz baja, casi ladrando, "si tomas demasiado, prepara tus cuerpos y corazones para pagar la deuda. El Árbol da, y el Árbol exige."

Virgilio levantó la cabeza y su sonrisa se transformó en una promesa. "Entonces que vengan las demandas. Tomaré lo que me pertenece y pagaré con los restos."



La mujer del kimono blanco cerró los ojos por un momento, y cuando los abrió, todo el claro pareció calmarse un poco más, como si estuviera de acuerdo. "Sígueme", dijo, y señaló una raíz más grande, retorcida como una columna vertebral, que se hundía profundamente en el útero del mundo. "Ahí. La entrada está allí. Y no permitiré que mueras como tontos."

Uno a uno, con pasos medidos, el grupo se acercó a la entrada. El viento amainó. La luz cambió de color. El pulso del Árbol se aceleró.

La línea entró por la abertura como si penetrara la garganta de un monstruo. El túnel era estrecho: la corteza retorcida parecía tallada por dedos gigantes, venas de luz que pulsaban como arterias. El olor era espeso —



tierra húmeda, sangre seca, hojas quemadas— y con cada paso, el grupo sentía el peso de la historia presionando contra sus omóplatos.

Vergil caminó hacia adelante, con pasos precisos y su espada arrastrándose suavemente por la corteza al ritmo de su respiración. Detrás de él, Rafaeline y Ada se movían con la familiaridad de los cazadores; Rafaeline siempre alerta, Ada de rostro pálido pero firme. Sepphirothy dobló alas dentro de la armadura de su aura, como si conservara fuerzas para un golpe que ni siquiera sabía que caería. Naberio lo siguió con la espada atada a la cintura y la sonrisa inestable ante el silencio; Safira y Sepphirothy —los tres titanes— permanecieron como tormentas contenidas.

La protectora con un kimono blanco caminaba por el centro, con las manos entrelazadas frente a ella, el cuerpo quieto y fluido. De vez en cuando tocaba la corteza con las yemas de los dedos; al entrar en contacto, la madera crujía, como si despertara y recordara nombres. Las paredes vibraban con una melodía primaria y la sangre —no necesariamente humana— parecía correr por las venas debajo de la superficie.



"Hay nudos de protecciones antiguas", murmuró suavemente el protector, para que sólo los que estaban cerca pudieran oírlo. "No son simples defensas. Son recuerdos almacenados en hierro y voluntad. Toca sin pensar y abrirás mucho más que compartimentos."

Roxanne avanzó con la cautela de quien conoce las trampas; sus dedos se deslizaron por una grieta: pequeñas runas aparecieron, brillaron y se calmaron al contacto de su piel. Allí había un rito, una prueba de respeto, no sólo de fuerza. Rize, todavía temblando, extendió algunas de sus redes demoníacas por la corteza, como si estuviera sondeando. Las redes vibraron y retrocedieron, como si el propio Árbol rechazara su ayuda.

"Esto de aquí..." murmuró Rize, "tiene voluntad propia. No tiene sentido intentar forzarlo."



Vany apretó los dientes con impaciencia. "Entonces cortemos esa voluntad. ¡Baja tu postura, planta!"

El protector le lanzó a Vanny una breve mirada —casi maternal y letal— y fue suficiente para silenciar a la joven. El claro siempre había sido un recordatorio de su guía; y allí, en lo profundo del mundo, los recuerdos tenían autoridad.

Avanzaron hasta un nodo donde la corteza se abría formando volutas que parecían escudos entrelazados. La protectora señaló, y donde ella señaló, había un círculo de piedras negras incrustadas en la madera: símbolos más pequeños que se movían como hormigas. Colocó su mano sobre el primero y murmuró una breve secuencia. Las runas respondieron, una por una, exhalando vapor plateado.

"Son sellos tributo," explicó con gravedad. "Cada uno vinculado a dos recuerdos —confianza y dolor" Toca con intención y se liberará el recuerdo— pero sólo el recuerdo, no el ser. Tira demasiado fuerte y el recuerdo se convertirá en un ser vivo.



Virgilio empujó su lengua contra el paladar y sonrió débilmente, pero por precaución dejó que el protector le diera los primeros toques. Cuando la primera runa se desvaneció, un suspiro escapó de la madera; la vibración del Árbol disminuyó como si hubiera desatado un nudo. Rafaeline sintió que su piel hormigueaba —un recuerdo fugaz: gritos, un campo de batalla iluminado por la luna y luego la imagen de una espada atravesando promesas.

"Abre," dijo el protector, y la madera cedió con un largo crujido. "Toma lo que necesitas. Pero recuerda: el Árbol no presta. Da y toma en igual medida."

Vergil se inclinó hacia adelante instantáneamente y metió la mano en la grieta. El interior olía como una antigua cámara de metal; algo frío raspó su piel. Sus



dedos se cerraron alrededor de un objeto que, por un segundo, iluminó el túnel: una pequeña gema negra, que pulsaba con un brillo interior que parecía un corazón.

"Hmph," Vergil susurró, quitando la gema y limpiándola con el dorso de su mano manchada de sangre. "Una gema de unión. Esto puede amplificar..." No terminó la frase; era obvio.

Naberio se acercó con un movimiento fluido, con los ojos entrecerrados por la adoración y el deseo. "Ese tipo de cosas..." murmuró. "Wow. Si lo usas descuidadamente, muchacho, abrirás más que puertas." La espada cerca de su cintura silbó.

Sepphirothy observó con una frialdad que era casi desapego. "Tómalo. Sit. Y dime si tu hambre es de poder o de recuerdos. No los mezcles."

Mientras Virgilio mordisqueaba la posibilidad, Zafiro se acercó a otra grieta. Sus manos eran brasas y con un gesto arrancó una raíz flexible— y de ella brotó un brote que se convirtió en polvo de ceniza flotante. Cuando se tocó las palmas de las manos, tuvo una visión: su ejército, escenas de incienso y guerra—un recuerdo ardiente con más rostros. Su puño se apretó.

Naberio dio un paso atrás y, sin previo aviso, sacó una espada oculta —un fragmento de un espíritu antiguo. La espada vibró y cantó como un animal herido; la protectora miró hacia un lado, y en esa mirada había tanto advertencia como asombro, casi como si viera revividas viejas heridas.

"Ten cuidado," repitió el protector. "Tienes todo que ganar y perder en el mismo instante. Si haces el nudo equivocado, el precio será inmediato."





Katharina, que había permanecido junto a su madre, apretó el puño y respiró hondo. "Prefiero pagar cien precios que perder la oportunidad de dejar que las llamas se descontroloen", murmuró. "No sé si tu Árbol entiende el hambre."

El Árbol, de alguna manera, escuchó. Una vibración recorrió sus raíces y una sombra —no hostil, sino firme— se deslizó por el tronco. Era la antigua voz del mundo, un susurro que resonaba sin palabras.

Virgilio, la gema negra que ahora brillaba en su palma, sintió un remolino de corriente interior. Era como si algo dentro del bosque lo reconociera como un comensal—y como un ladrón. Sintió el hilo del poder atar su carne; durante milisegundos notó ecos—nombres antiguos, rostros que nunca había visto, gritos de justicia y venganza. Era saciedad y hambre al mismo tiempo.

El protector observó a cada uno de ellos con una mirada que pesaba intención. "Buscáis cosas para completaros," dijo finalmente. "Pero recuerda: completar aquí puede significar aplastar. El árbol conserva ecos." Podrías recuperar armas, conocimientos, recuerdos... y también avalanchas de deudas.



Naberio, con los ojos brillantes de codicia, jugó con la espada que había sacado. "¿Deuda?" Él se rió. "Bien. Dame la factura. Me encanta pagar con sangre."

Sepphirothy cruzó los brazos y el aura helada que la rodeaba se espesó como niebla. "No se trata de valentía, Naberius. Se trata de equilibrio. Si optas por el poder; si tiras para satisfacer el impulso, la factura vendrá en forma de colapso."

Virgilio levantó la gema, estudiando su brillo como si encontrara una respuesta a algo que siempre había faltado en su interior. "Entonces tráelo," murmuró. "Deja que llegue la factura. Lo pagaré con mucho gusto."



La protectora suspiró y, por primera vez, una línea de cansancio le arrugó el rostro. "Hablas fácilmente de precio cuando no sientes el peso de la deuda. Ve, tómallo y vete." Pero escucha: enterrado en las raíces más profundas hay un nudo que se niega a ceder al tacto. Si alguien insiste en tirarlo, el Árbol gritará más fuerte que yo. Y no estaré aquí para sofocar la revuelta.

Rafaelina tocó la guadaña hasta la raíz y sonrió, cansada y peligrosa. "Sabemos escuchar. Pero también sabemos cortar."

Ada cerró los ojos, tocando ligeramente el ladrido, como si pidiera permiso a algo que pudiera destrozarle el alma. "Quiero ayudar," murmuró, con voz pequeña pero firme.

Roxanne miró a Virgilio. Él, la joya negra que ahora palpitaba como el corazón de otra persona, ofreció la comisura de su boca en una sonrisa que era a la vez promesa y confesión.

"Entonces vámonos. Tómallo," dijo ella. "Y luego... veremos quién vive para contarlo."

